

LAS DOS PUNTAS DEL CAMINO (CONSIDERACIONES SOBRE EL NACIMIENTO Y LA MUERTE DE DON QUIJOTE)

El Quijote tiene una capacidad de libro inagotable, con una sugerencia para cada lectura, diferente para cada situación anímica; apropiada a cada hombre, a cada edad y a cada pueblo.¹ Su extensísima bibliografía es la prueba mejor para poner en evidencia esta condición, con las hermosas y profundas interpretaciones de que ha sido objeto, pero mucho más por las casi infinitas cosas que ha sugerido. Al **Quijote** se le puede aplicar lo que Pfandl asigna como característica a las grandes obras: “el revelar mucho y obligar a todos a vivirla y renovarse así de diversa manera en cada lector”.²

Dos maneras generales de aproximación se ofrecen a quienes desean conocer la obra: una, el querer saber lo que los estudiosos han dicho de ella; otra, la comunicación directa con el libro mismo. En un primer esfuerzo buscamos los tratados más famosos, nos complacemos con los hallazgos agudos y convincentes de los grandes intérpretes; pero un buen día, la historia del ingenioso hidalgo se nos hace más íntima, más sabrosa, y apartando, entonces, las sesudas meditaciones y pareceres de los escritores, nos entregamos a la obra misma, con deleitosa lectura, “sin buscar interpretaciones esotéricas, leyéndola con humildad y sencillez”, como aconseja Ramiro de Maeztu.³ Así me aconteció al recorrer las páginas del Quijote junto a don Federico de Onís, en el curso que él ofrecía en la Universidad de Puerto Rico.

En el Quijote hay capítulos o conjuntos de capítulos muy significativos. El primero es una apertura excelente, punto de partida de las circunstancias como de las esencias. El último capítulo resulta particularmente interesante para profundizar en interioridades de naturaleza y estilo, ventilar propósitos y cerrar estructuras. Los dos son ágiles, magistrales. Voy a examinar algunos de sus aspectos, comparándolos, separándolos del resto de la obra, pero sin perder de vista la función que ellos cumplen en la totalidad: la de expresar y completar el sentido circular de la novela, la idea del Destino como interpreta Casaldueiro, representada por el itinerario de don Quijote con todas sus circunstancias. En esta historia de don Quijote, como en la vida, los extremos

¹El propio autor conoció por experiencia la diversidad en la recepción del libro, como expresa en el Capítulo 3 de la segunda parte: “Los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran” (p. 1013).

²Ludwig Pfandl. *Historia de la Literatura Española en la Edad de Oro*, Barcelona, Juan Gili, 1933, p. 321.

³Ramiro de Maeztu. *Don Quijote, Don Juan, La Celestina*, P. 221.

se tocan, cerrando con la muerte el camino aventurero, la “verdadera historia” del Hidalgo de la Mancha; envuelto todo por la poesía.

Los elementos comparados

1. **El lugar.** La circunstancia de lugar se establece en ambos capítulos con la misma referencia imprecisa a una aldea de la Mancha, diciendo: “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...” (p. 227)⁴ o bien “cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, porque todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenerle por suyo”... (p. 1919). Lo importante para mí es el tono festivo, jocoso que acompaña a esta señalación del lugar. En la referencia primera ese tono está expresado en términos que más suenan a ocurrencia que a intención, como han querido ver muchos comentadores.⁵ Las vidas de los santos y las numerosas novelas de caballerías que había leído Cervantes empezaban señalando, o ponderando, el lugar de origen de los protagonistas —lugar real o inventado, según los casos. De la misma manera puede él empezar la historia de Don Quijote, recurriendo al mismo método, pero sin dar nombre exacto al lugar (que pudo ser real o inventado) del origen. La fórmula nueva que emplea Cervantes convierte a la frase inicial de la narración en un acierto de estilo, en una forma original, cargada de humorismo. En ello ve don Federico de Onís un tono de intimidad. “Los eruditos —nos decía— andan buscando por qué no quiere acordarse. No quiere decirlo. Quiere que por primera vez en la literatura el héroe no tenga lugar, que sea de cualquier pueblo, familiar a todos”. En el último capítulo, la nota jocosa está en la incitación a la pelea de todas las villas y lugares de la Mancha para dar carta de ciudadanía a Don Quijote. Esa nota se acentúa aún más comparando esa pelea con una contienda histórica de renombre: “como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero”. El mayor acierto y gracia residen en callar el nombre de la población.

En cuanto a la casa del hidalgo, que es la referencia espacial más concreta, Cervantes tampoco la describe; ofrece solamente la sugerencia de que en ella es donde suceden los hechos; donde se originan y concluyen el personaje y su historia. El lector se la imagina, sin embargo, acompañado por ese don cervantino de dar a entender las cosas sin decirlo todo. Aquí como en otros lugares de la novela es más interesante la sugerencia que la puntualización en los detalles.

2. **Los libros de caballería.** Constituyen un elemento esencial en el **Quijote** y tienen una vivencia principalísima en ambos extremos de la obra. Están íntimamente asociados al personaje; ligados a su nacer y a su morir. Son causa y acción, punto de partida y término de la intención literaria y moral. “Existir

⁴Todas las citas del **Quijote** están tomadas de la edición preparada por Justo García Soriano y Justo García Morales, Madrid, Aguilar, 1960.

⁵Véase, por ejemplo, en la edición precitada, la nota núm. 2 de la pág. 227 y la correspondiente de don Francisco Rodríguez Marín, para la edición de Clásicos “La Lectura”.

⁶Los juicios que transcribo de Don Federico de Onís, pertenecen a las notas del curso que ofrecía en la Universidad de Puerto Rico, en Río Piedras.

es obrar —dice Unamuno— y Don Quijote ¿no ha obrado y obra en los espíritus tan activa y vivamente como en el suyo obraron los caballeros andantes?...⁷

En el capítulo primero la lectura de los libros de caballerías comienza como una ficción, se convierte después un desatino y termina como una obsesión modificadora:

El se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio, y así, del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio. (p. 230).

Esa obsesión del mundo caballeresco, hecha ya locura, contiene elementos tan activos que son capaces de transformar todas las cosas y de convertir al individuo, al anónimo hidalgo de un poblado rural, en personaje protagonista de grandes aventuras, en el caballero andante don Quijote de la Mancha. Helmut Hatzfeld ve la presencia de los libros de caballerías en la idea constante y destacada de la novela: la conciencia que tiene don Quijote de su misión caballerisca.⁸ Así lo dice el texto:

En efecto, rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras... (p. 231).

Se pone en marcha la historia de Don Quijote, “ejercitándose en todo aquello que él había leído”, para cobrar “eterno nombre y fama”. (p. 231). Al acabársele la vida, —al terminar los efectos de esas lecturas-advertido, reconoce Don Quijote las causas y las detesta:

Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías... (p. 1809).

El encadenamiento entre el primer capítulo y el último, esa relación de efecto y causa, resulta perfecto. Además, en el primero, se inicia el ataque a los libros por medio de la burla; en el último, se los combate directamente:

Ya conozco sus disparates y sus embelecocos, y me pesa no poder hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. (p. 1809)

La gran diferencia en cuanto al tratamiento del tema en un capítulo y en otro está en los matices psicológicos: en el capítulo primero Don Quijote es cautivado en forma absoluta por los libros de caballerías; su mente está inmersa en el mundo ofrecido por ellos; en el último capítulo, la renuncia de los libros de caballerías no se produce de sopetón, ha habido un lento proceso

⁷Miguel de Unamuno. *El Caballero de la Triste Figura*, Buenos Aires, Austral, 1944, p. 79.

⁸Helmut Hatzfeld. *El Quijote como obra de arte del lenguaje*. Madrid, IV Centenario, 1949, p. 15.

de maduración a través de muchas circunstancias y reflexiones, para llegar al término de la cordura.

3. **Los personajes secundarios.** Algunos de los personajes que en el primer capítulo aparecen en torno al protagonista —insinuados nada más, con la casi sola sustancia de un nombre— figuran también junto al moribundo; bien para explicar secuencias humanas del personaje central, como el ama y la sobrina, o bien para mostrar aspectos más vinculados con la personalidad literaria del héroe —el bombero, el cura, el bachiller. La presencia de todos ellos en un capítulo como en otro, es lógica, y su relación con la historia es más de argumento que de circunstancia.

4. **La locura de Don Quijote.** Volverse loco es lo menos recomendable en un héroe; no significa ninguna heroicidad— nos decía Don Federico. El tema está estrechamente relacionado con la lectura, creencia y acción de los libros de caballerías. Don Quijote es un loco activo. En cincuenta años no había hecho nada. Ahora empieza a vivir, a obrar como si fuera verdad la de los libros que lleva en la cabeza—. Su locura da vida a las cosas, las vitaliza, las hace mejores. Es un español de acción. En el capítulo primero, después de engendrar al personaje, la locura motiva el relato humorístico de las primeras extravagancias del recién nacido caballero:

Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dio prisa en poner en efecto lo que deseaba. (p. 231)

La locura lo ha de acompañar en su trayectoria, no sólo temporal sino esencial. Una locura sui géneris, pues lo “característico de él no es la locura, sino la clase de locura. Un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos... que hace locuras como diez dementes, pero habla y disputa como diez sabios. Advierte con sus actos y enseña con sus palabras”.⁹ Así lo caracteriza también Ramiro de Maeztu: “Don Quijote es el símbolo de la fe... es el idealista que obra”.¹⁰ Al terminar su acción, en el último capítulo, al recuperar el juicio, acaba el personaje.

5. **El nacimiento y la muerte de las cosas.** Como Don Quijote no sólo creía en las historias de los caballeros sino que **quiso hacerse caballero andante**, tuvo que crear los elementos inherentes a la nueva profesión. El autor se regocija con las invenciones de su personaje:

Y lo primero que hizo fue limpiar unas armas que había sido de sus bisabuelos... de cartones hizo un modo de media celada... Fue luego a su rocín... Puesto nombre, y tan a su gusto a su caballo, quiso ponérselo a sí mismo... y al cabo se vino a llamar Don Quijote... (p. 231-232)

Se trata de una locura generosa, creadora. Don Quijote es un creador, un poeta. Pero algo más importante que el atuendo exterior y la elección de

⁹Ludwig Pfandl. *Op. cit.*, p. 323.

¹⁰R. de Maeztu. *Op. cit.* p. 27.

nombres es el nacimiento de los ideales, la entrega a los mismos como ilusión rejuvenecedora, y su convicción profunda que tanto ha de empujarlo a los hechos como sostenerlo en las contrariedades.

En el último capítulo, desilusionado el héroe, vencido y envejecido, renuncia al nombre que eligiera e ilustrara, reniega de sus aventuras y cae ante la realidad. De esta conversión de Don Quijote —una verdadera muerte del personaje— Francisco Navarro Ledesma dice que no tanto apesadumbra el que Don Quijote muera convencido de que antes había estado loco, sino que se llora la pérdida de los ideales que él sustentó.¹¹

6. Los historiadores y el historiador. En el capítulo primero, Cervantes atribuye la historia a varios historiadores, sin precisarlos. Al final de la obra la atribución es tan sólo a Cide Hamete, a quien denomina prudentísimo. Todo es, naturalmente, una ficción literaria. Cervantes es el único autor. Pero si preguntamos por qué esa diferencia, podemos responder con la explicación de los capítulos octavo y noveno de la primera parte. En ellos se atribuye la historia de Don Quijote a dos historiadores: uno, el autor de esta historia” y otro: “el segundo autor desta obra”. El primero es Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo, y el propio Cervantes simula ser el segundo.

7. El tono y el sentido. Cervantes tenía un concepto de la novela que muchas veces han tergiversado los comentaristas. Para él esencialmente era una obra de entretenimiento, con aquello de “deleitar aprovechando”... la literatura como “espejo de la vida humana”... e “imagen de la verdad”. De ahí el rasgo del humor, tan notorio desde las primeras páginas. El Quijote se comienza con una lectura regocijada y se concluye con una sonrisa triste. Como decía Sainte Beuve: “Debajo de la risa hay una lágrima”. Los lectores experimentan una transformación frente al protagonista y su ventura humana, como el propio Cervantes debió de experimentarla. Del primero al último capítulo hay en este sentimiento mucha distancia. El estilo del comienzo es en extremo festivo. El humor se manifiesta en las situaciones: Don Quijote pasa las noches de claro en claro, hace de las lecturas su mundo, vende muchas tierras para comprar libros y vive sus pensamientos como realidad. Los textos que prefiere, con su lenguaje artificioso, se transcriben en son de risa. Resultan tan irónicamente literarios y difíciles que “ni el mismo Aristóteles entendiera sus razones, aunque resucitara para sólo esto” (p. 229). A esta desproporción efectista se añaden las comparaciones que Don Quijote establece entre sus caballeros, por una parte, y el Cid, Bernardo del Carpio y Roldán, por otra (p. 230); ellas producen un resultado cómico, fruto del extravío del personaje. Esa comicidad se acentúa con la descripción de las armas que él mismo se fabrica, extremadamente anticuadas para el momento, y la descripción del caballo, ridículamente caricaturizado, en el plano de la realidad, pero transformado por obra de la imaginación y la palabra. (p. 232) La comicidad crece hasta el máximo con el enamoramiento literario, artificial, que origina la creación de Dulcinea (p. 235-236).

¹¹Francisco Navarro Ledesma. *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1946, p. 330.

En contraposición con este marcado tono humorístico, en el último capítulo, sobresale un acento de tristeza que está en consonancia con la profunda melancolía del personaje. Desde el título y la reflexión inicial sobre el destino humano (p. 1806) hasta las circunstancias de la confesión y el testamento (1811, 1815), todo, ante la proximidad de la muerte, se vela de tristeza. Ella satura el ambiente que va matando a Don Quijote, “el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu”... (1816).

Cervantes, que tan desoladoramente puso en burlas y risas a su personaje, se fue encariñando con él e identificándose con su destino, lo trató con simpatía. Buscó hasta conseguirlo el equilibrio entre la burla y la verdad. “Reemplazó el mito que destruía con otro de igual tamaño, pero de mayor universalidad y hondura que le ha conferido su trascendencia”,¹² porque, como observa José García López: “La tragedia de Don Quijote era la suya”.¹³

8. **La muerte o las muertes de Don Quijote.** Mucho antes de la lectura con Don Federico me había inquietado el triste fin de Don Quijote, no sólo por el hecho de su muerte física, sino y muy particularmente por la renuncia que hace de los ideales caballerescos, al recobrar la cordura. Esa negación de cuanto había soñado y realizado acaba con el personaje, con el loco lindo que se gana la simpatía de los lectores. Esa conclusión del caballero es otra y verdadera muerte, más lamentada que la muerte física, tan ejemplar, por otra parte.

a). **Resumen de los hechos**

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su íntimo fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de Don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando menos lo esperaba... (p. 1806)

Después de esta admirable introducción, indica Cervantes cómo Don Quijote cayó enfermo, las causas de la enfermedad y las visitas de sus amigos en las que trataban de consolarlo, aunque en vano. Oye el paciente el dictamen médico con ánimo sosegado y, tras dormir seis horas seguidas, hace la primera manifestación de su recobrado ser:

Yo tengo juicio ya, libre y claro... (p. 1809)

Viéndose entonces próximo a su fin, ante la gran aventura de la muerte, ya no quiere enfrentarla **como caballero andante**, justificación de su ser y existencia hasta ese instante, sino, todo lo contrario, obra con una actitud reprobatoria de todo lo anterior, de las experiencias caballerescas cumplidas en su condición de loco:

Yo me siento sobrina, a punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. (ib.)

¹²Fernando Alegría, *La poesía chilena*, p. 18.

¹³José García López. *Historia de la Literatura Española*, p. 236.

Y para que no quede ninguna duda de que ya ha terminado el personaje vivido por él, lo afirma categóricamente, ante sus amigos:

Dadme albricias, mis buenos señores, de que ya no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano... Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje... (p. 1811).

Con sorpresa y con protestas reciben los amigos esta noticia sobre el desaparecido caballero; mas Don Quijote, para que le den mayor crédito, invoca la seriedad del momento, pues siente que se muere a toda prisa: "que en tales trances como este no se ha de burlar un hombre con alma" (ib.).

La admiración y sospechas van dando paso a la convicción, o mejor, a la doble convicción: la proximidad de la muerte física del protagonista, y la de que ha recuperado el juicio, la forma como expresa el acabamiento de Don Quijote. El cura mismo, después de confesarlo, acepta la situación y habla a todos de estas dos muertes del personaje:

Verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno... (ib.)

El historiador, entonces, se cree autorizado para hacer la distinción entre Don Quijote y Alonso Quijano el Bueno. De los mismos términos del testamento aprovecha Don Quijote para reafirmar su nuevo estado, y pide perdón a Sancho por haberle contagiado su locura. En vano el lloroso escudero le reconviene, le habla de nuevos planes y del desencantamiento de Dulcinea. Inútil también la intervención de Sansón Carrasco apoyando el razonamiento de Sancho. **El caballero ha muerto y ya no puede oírlos, ni reaccionar a sus palabras.** Quien les oye y les contesta con sentencia definitiva es Alonso Quijano:

Señores, dijo Don Quijote, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco y ya soy cuerdo: fui Don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. (p. 1815).

Lo que ha sucedido es incontrovertible. Don Quijote lo llama "mi verdad" y pide que en virtud de esa situación verdadera se lo vuelva a la estima que de él se tenía antes. Al concluir el testamento, lo tiende en la cama un profundo desmayo y se alborotan todos. Tres días después moría también Alonso Quijano:

Al fin llegó el último de Don Quijote... el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu: quiero decir que se murió (p. 1816)

b. **Discusión.** Imposible el tratar aquí los muchos y muy graves problemas que plantea el tema de la muerte de Don Quijote. Su discusión afecta inclusive la naturaleza y esencia de la obra misma. Basten unas cuantas preguntas para sugerir algunos de los puntos más interesantes: el recobro del juicio por Don Quijote ¿responde a un proceso de recuperación o hay que mirarlo como efecto repentino, producto de la enfermedad?¹⁴ ¿Corresponde

¹⁴Emilio Pi y Molist. *Primores del Quijote*, p. 194.

este cambio al desarrollo lógico del personaje?¹⁵ ¿Promueve un desenlace natural?¹⁶ ¿Es consecuente con los principios del Caballero de la Triste Figura o es una contradicción?¹⁷ Con su conversión a la cordura ¿renuncia a sus ideales, a todo lo que constituyó su existencia?¹⁸ ¿Y por qué había de ser loco Don Quijote?¹⁹ Ha de verse toda la explicación del hecho en la burla y censura de los libros de caballerías?²⁰ ¿Hay un sentimiento de pesimismo en este acabarse de Don Quijote, vencido por la realidad?²¹ Literaria e ideológicamente ¿qué tipo de muerte correspondería a Don Quijote?²² ¿Quiso Cervantes ofrecer una muerte edificante, cristiana, serena ejemplar?²³

Lo más interesante de todo es que el propio Cervantes inicia la discusión sobre las muertes de Don Quijote. Los amigos atribuyen la enfermedad a la pesadumbre de la derrota y al no conseguido desencantamiento de Dulcinea. Ellos, por deducción lógica consideran a Don Quijote consecuente con sus ideas, idéntico siempre en todo cuanto le sucede. La declinación física responde a las mismas causas: “Fue el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan”. Pero al sobrevenir la transformación del personaje empieza la extrañeza. Ha habido una quiebra de la secuencia lógica en los acontecimientos, la ruptura de los planes que habían hecho entre todos: “Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos” —le dice Sansón Carrasco en tono de reproche. Los amigos habían venido buscando al caballero loco, tal como ellos querían que fuese y como preferían que acabase; de ahí su desencanto: “Miráronse unos a otros admirados de las razones de Don Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer. (p. 1811).

De esta misma extrañeza participa nuestra actitud, hoy día: buscamos al caballero andante Don Quijote de la Mancha con quien nos encariñamos desde que salió para enderezar entuertos y nos detenemos con él ante su muerte, esta aventura no buscada, aunque presentida (“Yo, Sancho, nací para vivir muriendo” (p. 1614); ante esta aventura distinta a todas las demás, porque no viene del exterior y por que es inevitable.

Entendía Cervantes que la novedad en la novela residía sobre todo en la invención, en la capacidad para sorprender a los lectores. Si nos había sorprendido con la narración de las aventuras anteriores, también nos sorprende ahora. La muerte de Don Quijote no es un capítulo para reír, sino para llorar, desde adentro, al menos. Nos había hecho esperar otra muerte, otro fin, para el protagonista: “Caballero soy y caballero he de morir, si así le place al Altísimo”. (p. 1336); sobre todo después de haber criticado con sorna a los

¹⁵Angel Valbuena Prat, en el Prólogo a las **Obras Completas de Cervantes**, Madrid, Aguilar, 1946, p. 36.

¹⁶Diego Clemencín, nota 8 de sus Comentarios al cap. 74 del Quijote, p. 1921.

¹⁷Luis Astrna Marín, Prólogo a **Don Quijote**, Madrid, Ed. Castilla, 1947, p. XXV.

¹⁸Santiago Ramón y Cajal, “Psicología del Quijote y el Quijotismo”, en **El Quijote visto por los Españoles**, Madrid, Ed. Castilla, 1947.

¹⁹L. Pfand. “El caballero como loco”, **Op. cit.**, p. 327.

²⁰**Ibid.**

²¹S. Ramón y Cajal. **Op. cit.**, ib.

²²H. Hatzfeld, **Op. cit.**, p. 13.

²³F. Navarro Ledesma. **Op. cit.**, p. 330.

caballeros de Tirante el Blanco que morían en su cama haciendo testamento, aunque fieles a sus principios. Si Cervantes no podía o no quería concluir la novela con un final abierto o como el de las novelas precedentes en las que sus protagonistas eran inmortales porque siempre vencían; de acuerdo a nuestros gustos, podía asignar a Don Quijote una muerte heroica o una muerte idealizada y bella, acompañada por estas palabras: “Aprieta caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra” (p. 1718). Sería una muerte paradigmática, objeto de muchas citas y referencias posteriores. Pero no fueron esos los gustos ni la solución imaginada por Cervantes, para satisfacción de muchos lectores. En estas palabras de Francisco Navarro Ledesma se recogen los sentimientos de esos lectores:

Lloramos la muerte de Don Quijote y el renacer de Alonso Quijano el Bueno: nos apesadumbra no tanto el que Don Quijote muera como el que muera convencido de que antes había estado loco. Nos parece un nuevo engaño su desengaño, una nueva ilusión la pérdida de todas sus ilusiones: y viéndolo morir y oyendo sus palabras a las que ningunas otras igualan en grandeza y sencillez a no ser las del Evangelio, pensamos en nuestra muerte y recorreremos nuestra vida y reconocemos nuestro error, y tememos que aún nos queden nuevos retoños de ilusiones en el alma, los cuales, son acerbo dolor nuestro, han de ser arrancados o destruidos.²⁴

El loco Don Quijote representaba la fe en los más altos ideales, la ingenuidad más indefensa en medio de la maldad del mundo; poseía un caudal inmenso de bondad, de sabiduría, de humanidad; su existencia sobre la espuma de la realidad era como la poesía de la vida, poesía en acción, un “casi vuelo místico”, como dice Arturo Marasso. El retornar Don Quijote a la cordura, la renuncia a los ideales caballerescos, nos suena a traición. Es poner en un plano antitético todo lo que antes estimaba y defendía, todos aquellos hermosos conceptos sobre los caballeros andantes y su función en el mundo. Es tronchar de golpe todo el proceso de perfección humana que seguía y le ennoblecía: “Después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, cortés y atrevido”, en un género de vida heroica, puesta al servicio de la humanidad.

No obstante estas tristezas y desencantos que nos produce la muerte de Don Quijote, el idealista, aceptamos otras razones que movieron a Cervantes, aparte de la invectiva contra los libros de caballerías (que ya no la necesitaban para acabar con sus excesos). Desde lejanos capítulos venía preparando este desenlace, este retorno del protagonista a la cordura, en medio de un proceso de golpes y detalles. Luis Astrana Marín considera que el final de la novela es una imposición de la realidad y un acierto de Cervantes porque Don Quijote muere conociendo la verdad:

Matarle fue hacerle despertar de su locura. Hacerle vivir, hacerle renunciar al ensueño más noble, hacerlo morir. Pero qué bella muerte, ¡morir conociendo la verdad! Esta es la grandeza del final del Quijote. Le querrán algunos consecuente, le querrán loco (aquí la consecuencia es la locura, contra tantos cuerdos hartos inconsecuentes). Yo no. Por eso prefiero la segunda parte... Su grandeza está en su inconsecuencia.²⁵

²⁴Ibid., p. 238.

²⁵Luis Astrana Marín, *Op. cit.*, p. XXVI.

Como en tantas otras páginas del libro, los acontecimientos le sirven a Cervantes para separar los planos de la ficción y de la realidad; de la vida y de la muerte; los inmediatos y los trascendentes; pero, como dice Hatzfeld, “estas oposiciones hallan armonía y concordia en la honda humanidad”.²⁶ Enérgicamente señala Unamuno este destaque de planos:

Sólo matando la vida y la verdad verdadera con ella se puede separar al héroe histórico del novelesco, del místico, del fabuloso o del legendario y sostener que el uno existió de todo o casi del todo; el otro, a medias, y el de más allá de ninguna manera; porque existir es vivir y quien obra existe.²⁷

Simbólicamente, lo que parecía distinto e irreconciliable en la muerte de Don Quijote coincide en la afirmación de la bondad, que puede considerarse como el mensaje final del libro, para satisfacción de todos:

porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que Don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno a secas, y en tanto que fue Don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición y agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían. (p. 1811).

Manuel de la Puebla
Universidad de Puerto Rico

²⁶H. Hatzfeld, *Op. cit.*, p. 10

²⁷M. de Unamuno, *Op. cit.*, p. 79.